

Biografía de un raro palentino

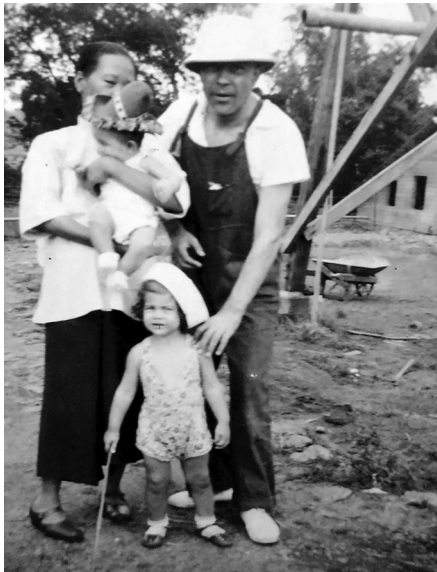
Francisco Rafael Hermoso

Para mostrar que cumplo con las condiciones exigidas y explicar el título, afirmo que soy hijo de un hombre nacido dentro de una familia medianamente acomodada en un pequeño pueblo llamado Boadilla de Rioseco de la provincia de Palencia, pero yo he nacido en Filipinas, donde había ido mi padre a probar fortuna. Por el otro lado, mi madre, reconocida como española, era también nacida en Manila. Sus padres, mis abuelos maternos, –vasco él y castellana ella– habían viajado al archipiélago filipino al empezar el siglo XX para buscar mejor vida. Las leyes del lugar permitían la adopción de la ciudadanía de los progenitores. Por tal razón, a pesar de haber nacido yo el 3 de octubre de 1941 en Manila, Filipinas, que a la sazón era una colonia norteamericana, se me inscribió como español auténtico. Pocos días después de los dos meses de mi nacimiento, se inició la gran guerra del Pacífico entre Japón y los aliados. Los japoneses invadieron las islas y las controlaron por más de dos años, hasta el regreso de la armada americana con el general MacArthur y su famoso “volveremos”.

Me contaron mis padres que la guerra mostró su feroz cara durante los dos extremos: en su inicio, al invadir los japoneses las islas, y en el final, cuando los americanos recuperaron Manila. En esos dos momentos la muerte sobrevoló sobre nosotros en los bombardeos y el tartamudeo y siseo de las armas de fuego. Pero durante el lapso de la ocupación japonesa, la tragedia de la guerra fue aminorada para nuestra familia porque no se la consideró enemiga, ya que España era neutral en el conflicto bélico. Además, mi padre tenía conocimiento y trató con varios circuitos relativos a la alimentación –tema muy importante en estos casos– por lo que los japoneses le respetaron. También eso le permitió ayudar a muchos compatriotas durante la ocupación, por lo que



Frente de nuestra casa en Manila.



Mi padre, la aya china y dos hermanos. Posiblemente yo sea el niño que tiene en brazos la mujer.

luego le fuera entregada una distinción por el gobierno español. Además posibilitó que vinieran varios hermanos detrás de mí, hasta los siete que completan la familia.

Luego de finalizada la lucha, con una Manila casi destruida por el esfuerzo bélico de la recuperación, para muchos españoles fue imperioso emigrar nuevamente. Porque, además de los inconvenientes de la reconstrucción, en el archipiélago en esos días se alzaron fuertes y airadas voces reclamando la independencia filipina y se llegaba a pedir la expulsión de los blancos. Para colmo, eran los años posteriores a 1943 y nuestra Patria estaba sumida en una gran pobreza. Por ello, aunque el gobierno español envió un barco para repatriar a los españoles que desearan volver a la Península y mis progenitores eran del mismo color del gobierno del momento, mi padre optó por viajar él solo a la Argentina, el país que se mostraba como el más promisorio del mundo, con el idioma español como otra ventaja. Hemos podido inferir que llegó a Buenos Aires en el 1945, en unos años de gran actividad y cambios políticos en esta tierra sudamericana.

Mi madre y todos los niños llegamos a España en el barco que había fletado Franco y fuimos ayudados por el gobierno y los familiares de mi padre, repartiéndonos entre Madrid, Zaragoza y Boadilla de Rioseco. A mí me tocó vivir con mi madre en la capital junto a otros dos hermanos y cursé hasta el primer año de la escuela primaria, ya que luego viajamos a Buenos Aires para reunirnos con nuestro padre, lo que ocurrió en el año 1948. De ahí en más he morado en Buenos Aires. Aquí estudié, me casé en el '65, me gradué de ingeniero en el '68, tuve dos hijos, Pablo y Diego, -nacidos en los '67 y '70 respectivamente-, trabajé disfrutando mi profesión y, desde el 2006, estoy jubilado. Claramente: he desarrollado mi vida casi como un argentino nativo.

Pero quiero que se preste atención al primer período de mi vida. Hasta salir de Manila hacia Madrid, cuando yo tenía entre dos y tres años, conviví con yayas chinas e idiomas como el tagalo y el inglés. En España se me imponen



Los tres hermanos que estuvimos instalados en Madrid.



La mujer de la derecha es mi madre. Yo soy el varoncito mayor.



La familia en pleno al poco tiempo de llegar a Buenos Aires El niño de las orejas prominentes soy yo.

luego distintos modismos, costumbres y el tuteo; a la vez, se me inoculan otras esencias de la raza española sin yo percibirlo. Más tarde, a mis siete años y en la Argentina, aparece otro hablar, con una acentuación distinta y con el “che” característico. Pero esta última etapa dura casi setenta años frente a los cortos lapsos anteriores. Por eso siempre me he

preguntado por qué siendo tan argentino, al que le gusta el tango y demás características de este país, me siento español y profundamente unido a España. Sobre este tema quiero hablar ahora, porque lo considero más interesante que la simple numeración de fechas y lugares que cumplen con una biografía pero no dejan de ser circunstanciales. Sobre la primera etapa de mi vida, especialmente la referida a Manila, no tengo recuerdos válidos por mi corta edad; solo puedo apoyarme en los de mis hermanas mayores. Y, a pesar que mi madre mantuvo alguna relación con la Delegación Filipina en Buenos Aires, nunca ha pasado por mi mente que tengo algo de ese país. Sin embargo, por lo raro que le resultaba a la gente, utilicé el hecho de haber nacido en Manila para que todos me miraran con más curiosidad; me mostraba así como un espécimen anómalo, distinto, que llamaba a la atención.

La estadía en España dio lugar a los primeros recuerdos: la pequeña plaza de la Marina Española en Madrid y algunos aromas de Boadilla, pero muy poca cosa, nada que considerara importante. Pero algo me habían entregado mis padres en esos años porque yo me fui preparando para ser el caballero español que siempre deseé que vieran en mí. Eso es algo que no tenía claro en esos días y ahora creo comprender:

La fuerza de la sangre es muy fuerte, se encuentra en los vericuetos de nuestra mente –o alma– y finalmente aparece; que vivimos rodeados de fragmentos del pasado, de muchas memorias de hombres que han vivido antes. Lo percibimos, mis hijos y yo, cuando visitamos Boadilla por primera vez: sentimos que ya habíamos estado allí antes, reconociendo algunos aromas y calles; que los abuelos habían dejado algo en el pueblo que ahora se nos impregnaba; que podíamos escuchar sus viejos pasos sonando como susurros de las vidas pasadas; que era como caminar del brazo con todos ellos. Hasta nos pareció sentir que también se emocionaban al mirarnos y escudriñar, orgullosos, la prosecución de su sangre española. En Pablo fue todo tan fuertemente sentido que le impulsó a escribir un poema que hablaba de nuestro pequeño pueblo palentino.

Ahora sigamos con mi historia. En mis años de adolescencia y primera juventud, tan llenas de las nuevas sensaciones que aparecen en

la vida, poco pude analizar sobre la esencia de mi tierra. Esas disquisiciones no pueden competir contra las pulsiones juveniles: las niñas, los estudios, los amigos, la juerga, los deportes y los bailes. Sin embargo yo hablaba en dos idiomas: el de la gente del lugar en la calle y con el tuteo de los españoles dentro de la familia, como distinguiendo o recordándome mi ascendencia. Sentía que el uso de mi forma de hablar de origen debía tenerlo en mi hogar o con los que se declaraban españoles, a modo distintivo de mi persona. También utilizaba el tuteo con las mujeres porque consideraba que así el trato era más respetuoso y gentil. Y nunca dejé esa costumbre aunque a veces a mis interlocutores les pareciera forzada, o afectada.

Mi vida posterior, familiar, social y de trabajo, estuvo tan abarrotada de escenas que no distingo ninguna que haya iniciado el viraje para una nueva mirada de mi ascendencia española. Pero a los treinta años, casado y con hijos, empecé a gritar con fuerza mi origen. Regularicé en el Consulado mi situación de ciudadano y logré el pasaporte español. Aunque pedí conservar también la ciudadanía argentina para poder actuar gremialmente. Sí, a la edad en que uno ya se considera que es todo lo que en el andar de su vida ha juntado, miré por necesidad para atrás buscando explicaciones para los sentimientos de mi alma confundida por la mixtura filipina-española-argentina.

Y ya no dejé de ver las películas de España que se daban en Buenos Aires y me sorprendí llorando en algunas de ellas por las miserias y locuras de la guerra civil, cuando solo antes habían brotado mis lágrimas por un eventual amor perdido. Entonces hablé a mis hijos de esa tierra que prácticamente desconocía pero que ahora la sentía mía y que, por lo tanto, también les correspondía. Nos acercamos a los eventos y asociaciones que consideré interesantes para los jóvenes. Seguimos las peripecias del club de fútbol Deportivo Español de Buenos Aires y disfrutamos de la frescura de las expresiones de los hinchas españoles y de sus boinas, tan poco usadas aquí. Ahora veo que hice algo parecido a lo de mis padres: hablar con cariño de esa tierra aunque la recordara poco. Y aparecieron luego los frutos: pues mis hijos han seguido con unción ese respeto a lo español y también se lo han transmitido a sus hijos.

Como debía suceder, visité España casi por necesidad espiritual la primera vez; luego lo repetí –muchas veces– pero por amor renacido. Al llegar me sentí como un caballero español que retornaba a casa y que todo el pueblo de Madrid era mi familia porque hablaba con el tú. Me encantaba escuchar a las mujeres por lo rápido que lo hacían y me causaban gracia algunas omisiones de letras o sílabas que hacen su castellano tan característico. Y a pesar que me instalé en la capital, en casa de mi hermana, y había muchas tentaciones ofrecidas para ver: ciudades bellas y lugares históricos, visité a Boadilla y me dediqué junto a mi mujer a buscar las raíces paternas que el tiempo y algunas miserias humanas habían alejado. Conocimos y tratamos a nuestras tías con mutua satisfacción y otra veta de amor comenzó a funcionar en nuestra alma. Y se inició así en la familia argentina la costumbre de afirmar los lazos allende del océano y tomar el conocimiento de los lugares que antes solo revoloteaban en nuestra mente. Obviamente Palencia no fue olvidada ante tanta belleza de la Península porque la sentíamos siempre como propia. Deseo destacar unas observaciones hechas durante nuestras visitas a Palencia y a Boadilla. Mi hijo Pablo se mostró como un amplificador de mis sentimientos, siendo en muchos ámbitos de su vida de abogado tan circunspecto. Y sus hijos, mis nietos adolescentes, mostraron, junto a un debido respeto, que disfrutaban sobremanera de todas las novedades que se les presentaban. Inclusive, las comidas de cada zona, tan distintas a las de Buenos Aires, les resultaban todas sabrosas. Henchido de satisfacción entendí, entonces, que mi familia había hecho lo correcto para honrar nuestra vida e historia.

Hace ya muchos años mi hijo Pablo, con su buen manejo de las prácticas informáticas, tomó contacto con un primo perteneciente a la rama de mi abuela materna. Entonces la familia se expandió y tuvimos la posibilidad de ir a Palencia y sentir que nos recibían como nativos, reconociendo nuestra cuna. Resultó para todos muy grato. Lo anterior llevó varios dulces años. Pero hubo una grata novedad más –para mí y mi familia– que se produjo en Buenos Aires. Porque, a pesar que conocíamos la existencia de muchas agrupaciones españolas, no sabíamos la de la *Casa de Palencia* en la Argentina. Nos informamos, entonces, que

era una entidad muy joven y que actuaba febrilmente. Desde el momento que nos acercamos a ella nos dimos cuenta que agrandábamos nuestra familia con gusto, porque fuimos recibidos con mucho cariño. Mis hermanos, hijos y nietos también se hicieron socios y concurrimos a todos los actos que desarrollaba la Casa, conociendo allí el festejo tradicional del chocolate de San Antolín. Poco a poco nos hermanamos y aportamos nuestro trabajo, participando en la Comisión Directiva. Pero eso es lo circunstancial. Lo que me enseñó la relación con la *Casa de Palencia* en la Argentina fue que en las entidades españolas todos nos sentimos consanguíneos y somos bien recibidos, comprendiendo las nostalgias y los amores por la tierra de nuestros padres. Y creo que esa es una característica muy definida de los españoles, acentuada en los que han emigrado: el compatriota es un hermano de una gran familia, la española.

Siguió después la natural relación con otras entidades hermanadas en la comunidad de Castilla y León. Y así congraciamos con los zamoranos, los burgaleses, los salmantinos, los sorianos, etc. que nos recibieron con ese cariño y esa gracia que ya nos había complacido la gente de la *Casa de Palencia*. Por ello nuestro entorno familiar creció en número y en afectos. Disfrutamos de su hablar, su bonhomía, su música y, especialmente, sus comidas. Porque el emigrado no se olvida de esos aromas y sabores: son necesarios y los disfruta mucho cuando vuelven, como si se zampara cariño español dentro del cuerpo. Y aquí estamos, mi familia y yo, viviendo en la Argentina. ¡Pero somos españoles, castellanos, palentinos y boadillanos! Son muchos los amores dentro de nuestras almas, amores que se enriquecen mutuamente.